

muy bien condenar el Jansenismo, sin aborrecerlo. En declarando lo *extraño*, ya se cree que obra segun reglas; pero nunca lo perseguirá como *enemigo*\*.

oscuridad: ¿en qué estaria sino nuestro mérito? Los teólogos las explican, pero nunca ellas pueden dejar de ser oscuras.

Las escuelas católicas no pueden dejar de aborrecer á una secta enemiga de la Iglesia.

## CAPÍTULO XII.

INFLUENCIA DEL CARÁCTER DE BOSSUET SOBRE EL BUEN SU-  
CESO DE LOS CUATRO ARTÍCULOS.—REFLEXIONES SOBRE EL  
CARÁCTER DE FENELON.

«Bossuet, dice el autor del *Cuadro de la literatura francesa del siglo XVIII*, habia hecho resonar en la cátedra de la «verdad todas las máximas que establecen el poder absoluto de los Reyes y de los ministros de la Religion: miraba «con desprecio las opiniones y las voluntades de los hombres, «y hubiera querido someterlas enteramente al yugo<sup>1</sup>.»

Acaso se hallará demasiado cargada esta pintura, pero aun rebajando de su colorido quedará en ella una grande verdad, y es, que *la autoridad jamás tuvo un defensor mas grande, y sobre todo mas íntegro que Bossuet.*

La corte era para él un verdadero santuario, donde no veía mas que el poder divino en la persona de su Rey. La gloria de Luis XIV y su absoluta autoridad arrebataban á este Prelado, como si le perteneciesen á él en propiedad. Cuando alaba al Monarca, deja muy atrás á todos los adoradores de este Príncipe, que no buscaban mas que favores, y ciertamente tendria poco discernimiento quien le hallase adulador en sus elogios: Bossuet no alaba, sino porque admira; y su alabanza es siempre del todo sincera, nace de una cierta *fe* monárquica, que se puede mejor sentir que definir, y su admiracion es comunicativa: porque nada hay que persuada mejor que la propia persuasion. Debe añadirse que la sumision de Bossuet nada tiene de envilecimiento, porque es puramente cristiana; y como la obediencia que predica al pueblo es una obediencia de amor, que no abate al hombre, la libertad que usaba con el Soberano era tambien una libertad

<sup>1</sup> Pág. 18.



cristiana que tampoco disgustaba. Él fue el único hombre de su siglo (acaso con Montausier) que tuvo derecho de decir la verdad á Luis XIV sin ofenderle. Cuando clamaba desde el púlpito: *Para vos, señor, no hay mas que un enemigo que temer; vos mismo, señor, vos mismo, etc.*<sup>1</sup>, este Príncipe lo oía como hubiera oído á David cuando decia en los Salmos: *No os feis de los Príncipes, cerca de los cuales no se halla la salvacion.* El hombre no entraba para nada en la libertad de que usaba Bossuet, y el hombre solo es el que choca al hombre. El punto está en saberlo anonadar. Boileau decia á uno de los cortesanos mas hábiles de su siglo:

De la corte en el vaiven  
Que á tu carácter se aviene,  
Sabes cuándo hablar conviene,  
Cuándo callar te está bien;

y este mismo elogio puede aplicarse enteramente á Bossuet. Con efecto, nadie fue mas dueño de sí mismo, ni supo mejor decir lo que convenia, cómo y cuándo convenia. Si era llamado para desaprobar un escándalo público, jamás faltaba á su deber; mas cuando habia dicho: *Non licet: no es permitido tenerla*, sabia contenerse, y dejaba de altercar con la autoridad. Los trabajos del pueblo, los errores del poder, los peligros del Estado, la publicidad de los desórdenes no eran capaces de arrancarle un solo grito. Siempre semejante á sí mismo; siempre sacerdote, y nada mas que sacerdote, podia hacer desesperar á una favorita, sin disgustar al augusto amante<sup>2</sup>.

Si hay alguna cosa que llame la atencion de un observa-

<sup>1</sup> Véase en los sermones escogidos de Bossuet, el de la *Resurreccion*.

<sup>2</sup> Bossuet llevó á madama de Montespan la órden de que saliese de la corte. *Ella lo llenó de injurias*, segun dice el Sr. Leduc, y le dijo que su orgullo lo habia llevado hasta el punto de hacerla desterrar, etc. Esta cólera hace mucho honor al grande hombre que era su objeto.

dor, es ciertamente poner al lado de este carácter el de Fenelon, que se eleva por entre favoritos y concubinas en medio de la corte, como si estuviese en su casa, y libre de toda especie de ilusiones; súbdito sumiso, y del todo consagrado al servicio de su señor, que por consiguiente necesitaba una fortaleza, un ascendiente, una independendencia extraordinaria para obrar el milagro que se le habia encargado.

¿Se halla acaso en la historia otro taumaturgo que haya formado de un Príncipe otro Príncipe, obligando á retroceder á la mas terrible naturaleza? Creo que no. Voltaire dijo: *La águila de Meaux, el cisne de Cambray*; pero dudo mucho que la expresion sea justa respecto del segundo, que tenia un espíritu menos flexible, menos condescendiente, y mas severo que el primero.

Las circunstancias pusieron á estos dos personajes en paralelo, y despues por desgracia en oposicion. Honor eterno á ambos de su siglo y del sacerdocio francés, la imaginacion no puede separarlos, y se ha hecho ya imposible pensar en ellos sin compararlos<sup>1</sup>.

Los grandes siglos tienen el privilegio de legar á la posteridad sus pasiones, y de dar á sus grandes hombres una segunda vida que nos causa ilusion y nos los hace como presentes. ¿Quién no habrá oido hablar de las disputas en pro y en contra de madama de Maintenon, sostenidas con un calor verdaderamente contemporáneo? Bossuet y Fenelon presentan el mismo fenómeno. Hace ya un siglo que tienen amigos y enemigos en toda la extension de la palabra, y su influencia se conoce aun de un modo muy notable.

<sup>1</sup> Pudiera añadirseles á Huet, para tener un triunvirato, que acaso nunca lo habrá poseido el cuerpo de Obispos de la Iglesia católica. Huet es menos conocido que los otros á causa de su vida retirada, y porque casi todo lo escribió en latin; pero su mérito fue inmenso. Geómetra, físico, anticuario, versado en el hebreo, helenista de primer órden, latino delicioso, poeta en fin, nada le falta. Yo suscribo á cuanto dice de él al fin de su artículo el *Diccionario histórico* de Feller.



Fenelon veía lo que nadie podía menos de ver : pueblos oprimidos con el peso de los impuestos, guerras interminables, la locura del orgullo, el delirio del poder, las leyes fundamentales de la monarquía puestas á los piés del libertinaje casi coronado : la raza de la altiva Vasti llevada en triunfo en medio de un pueblo insensato, que palméaba por la sangre de sus señores<sup>1</sup>, ignorando su lengua hasta el extremo de no saber lo que era la sangre; y esta raza, en fin, presentada al areopago despavorido, que la declaraba legítima, temblando todo al aspecto de una fuerza militar.

Entonces el celo que devoraba al grande Arzobispo ya no podía contenerse. Lleno de dolor, y no hallando ya remedio para los contemporáneos, corria al socorro de la posteridad, reanimaba para ello los muertos, pedía sus velos á la alegoría, y á la mitología sus felices ficciones; agotaba todos los recursos del talento para instruir á la soberanía futura, sin ofender á la que tiernamente amaba, y sobre la que lloraba. Bien hubiera podido decir alguna vez, como el amigo de Job : *Lleno estoy de palabras, y me es preciso hablar para respirar un momento*<sup>2</sup>. Semejante al vapor encerrado, la virtud que hervía en este corazón virginal buscaba para consolarse una salida en el oído de la amistad, y allí es donde depositaba este lamentable secreto : *No tiene ni aun idea de sus deberes*<sup>3</sup>; y si hay alguna cosa cierta es, que no podía dirigir semejante expresión sino á la que la creía del todo verdadera. Nada impedía, pues, á Fenelon exhalar uno de estos gemidos cerca de aquella mujer célebre, que despues fue... pero entonces era amiga suya.

Mas no obstante, ¿qué sucedió? Este genio grande y amable paga aun hoy los esfuerzos que hizo hace más de un si-

<sup>1</sup> Véase en las memorias de aquel tiempo la descripción del viaje de *Barege*.

<sup>2</sup> *Plenus sum sermonibus... loquar et respirabo paululum. (Job, xxxii, 18, 20).*

<sup>3</sup> Estas palabras se leen en una carta confidencial de Fenelon á madama de Maintenon.

glo por la felicidad de los Reyes, aun mas que por la de los pueblos. El oído orgulloso de la autoridad teme aun la dulzura penetrante de las verdades que pronunció aquella Minerva disfrazada bajo la figura de Mentor, y falta poco para que Fenelon pase en las cortes por un republicano. Pero no; en vano se lisonjearán de ello : jamás dejará de distinguirse la voz del respeto que gimé, de la de la audacia que blasfema.

Bossuet por el contrario, como fue mas dueño de su mismo celo, y que sobre todo nunca le permitió manifestarse bajo de formas humanas, inspira una confianza sin límites, y llegó á ser el hombre de los Reyes. La majestad se mira y se admira en la impresión que ella hace sobre este grande hombre, y este favor de Bossuet ha reflejado y hecho brillar á los cuatro artículos que se miraban como obra suya, porque él los habia materialmente escrito; y los cuatro artículos por su parte, que los revolucionarios presentan á la autoridad miserablemente engañada, como el paladion de la soberanía, reflejan sobre el Obispo de Meaux el falso brillo que les presta una quimérica razón de Estado.

¿Y quién sabe si Bossuet y Fenelon no tuvieron la desgracia de incurrir en la misma falta, uno respecto de la autoridad pontificia, y otro respecto de la autoridad temporal? Este al menos es el parecer de un hombre de talento, cuya persona y opiniones me son igualmente estimables : el cual piensa «que en las obras de Fenelon, y en el tono familiar «que toma para instruir á los Reyes, se hallan muchas pruebas para creer que en una Asamblea política hubiera hecho «de buena gana cuatro artículos sobre el poder temporal.»

Sin creerlo así, yo lo dejaria creer si no me demostrasen lo contrario los papeles reservados de Fenelon, publicados ya entre los documentos justificativos de su historia. Allí se ve que en los planes de reforma que á sus solas meditaba, todo era estrictamente conforme á las leyes de la Monarquía francesa, sin la menor acrimonia, y sin sombra aun de un



deseo nuevo. Ni siquiera se entrega á una teoría : su razon toda es práctica.

Á la verdad, Fenelon es el idolo de los filósofos : pero esto ¿debe ser una acusacion contra su memoria? La misma respuesta puede darse á esta pregunta, que la que se haya dado al problema propuesto, poco há sobre el amor de los Jansenistas á Bossuet, y que hemos tratado de resolver por la ley universal de las afinidades.

Fenelon podia además defenderse diciendo : «Yo nunca he sido para con mi siglo tan severo como Massillon, cuando exclamaba en la oracion fúnebre de Luis XIV : *¡Oh siglo tan celebrado! ¡tu ignominia se ha aumentado á la par de tu gloria!*»

Pero dejemos á Fenelon y á sus faltas, si las ha tenido, para volver á hablar del inmenso favor de Bossuet, cuyo origen hemos indicado. No puede dudarse un instante que su autoridad, como hombre favorable y grato al poder, no haya sido el principio de la fortuna de los cuatro artículos. Los Parlamentos de Francia, y sobre todo el de París, aprovechándose de las facilidades que les prestaba un nuevo siglo frívolo y perverso, se arrogaron la licencia de convertir en ley del Estado unas proposiciones teológicas que habian sido condenadas por los Sumos Pontífices, por el Clero francés contemporáneo, por un gran Rey desengañado, y sobre todo por la razon. El Gobierno débil, corrompido y desaplicado, á quien no se le mostraba en ellas mas que un aumento de autoridad y poder, sostuvo ó dejó obrar á los magistrados, que en la realidad no trabajaban sino para sí mismos. El Clero debilitado por estos artículos mismos, juró sostenerlos (es decir, creerlos) precisamente porque ellos le habian privado de la fuerza necesaria para resistir. Ya lo hemos dicho, y nada es mas cierto ; cuando un hombre ó un cuerpo distinguido llega á jurar un error, al dia siguiente lo llama *verdad*. Por esta funesta condescendencia, el Clero se halló esclavo del poder temporal, en proporcion precisa de la independenciam que adquiria respecto de su Soberano le-

gítimo ; y en vez de conocer esta humillacion, la llamó LIBERTAD.

De este conjunto de errores, de sofismas, equivocaciones, debilidades y pretensiones ridiculas ó culpables, estrechamente atado por la costumbre y el orgullo, há resultado un todo, ó un compuesto tan formidable, una preocupacion nacional inmensa, formada de todas las preocupaciones reunidas, y en fin tan fuerte, sólida y compacta, que no me atrevo á responder de que ceda á los anatemas reunidos de la lógica y de la Religion.

El primer paso que hay que dar para volver á la verdad, debe darlo el Clero de Francia. Este debe reconocer noblemente su antiguo error ; y hacer á la Iglesia católica un servicio inapreciable, apartando en fin esta piedra de escándalo que tanto ofendia á la *unidad*. Debe además emplear todas las fuerzas que le quedan en este momento para desatar el nudo mágico que, por una política ciega, une desgraciadamente la idea de los cuatro artículos al interés de la soberania, cuando esta debe por el contrario temerlo todo de estas máximas sediciosas.

En fin, es menester tener valor de reconocer una verdad atestiguada por la historia. En la vida de muchos grandes hombres hay un no sé qué punto fatal en que declinan, y se manifiestan mas ó menos destituidos de aquella fuerza oculta que los conducia visiblemente como por la mano de suceso en suceso, de triunfo en triunfo, y la vida que despues les queda es por lo menos inútil á su fama. Bossuet hubiera debido morir despues de haber pronunciado su sermón sobre la *unidad*, como Escipion el Africano despues de la batalla de Zama. Desde la época de 1682 el Obispo de Meaux decayó de aquel punto de elevacion, á donde lo habian colocado tantos maravillosos trabajos. El genio pasó á ser hombre, y ya no fué oráculo.

Para terminar en fin acerca de este grande hombre de un modo que, segun espero, no disgustará á ningun espíritu



recto que ame la verdad de buena fe, hé aquí lo que tengo aun que decir.

El mismo Bossuet lo dijo en su sermón de la *unidad*: «La cátedra eterna, fijada y establecida por san Pedro en Roma, jamás ha sido manchada con ninguna herejía. La Iglesia romana es siempre virgen; la fe romana es siempre la fe de la Iglesia; Pedro es siempre en sus sucesores el fundamento de todos los fieles. Jesucristo lo ha dicho, y el cielo y la tierra pasarán antes que una sola de sus palabras. San Pedro está siempre vivo en su cátedra. Si contra la costumbre de todos sus predecesores uno ó dos Sumos Pontífices <sup>1</sup>, sea por violencia, ó por sorpresa <sup>2</sup>, no han sostenido constantemente <sup>3</sup> ó explicado plenamente <sup>4</sup> la doctrina de la fe; si consultados de toda la tierra, y respondiendo durante tantos siglos á toda especie de dudas sobre doctrina, disciplina y ceremonias, una sola de sus respuestas se encuentra notada por el extremado rigor de un Concilio ecuménico, estas faltas particulares no han podido hacer impresión alguna en la cátedra de san Pedro. Un navío que surca las aguas no deja en ellas menos señales de su paso... Todo está somelido á las llaves de Pedro; Reyes y pueblos, pastores y ganados.»

<sup>1</sup> Obsérvese aquí la confesión expresa de la *totalidad* de los romanos Pontífices; y obsérvese también este *uno ó dos*, es decir, *Liberio y Honorio*; pero como Bossuet se desdice expresamente respecto de Liberio, queda solo Honorio entre doscientos y ochenta Papas, y diez y ocho siglos; y su error no ha podido ser *notado* sino por el *extremado rigor*, mas no por la justicia.

<sup>2</sup> Debe notarse que la violencia y la sorpresa excluyen directamente el error; porque quien responde á una pregunta que no ha comprendido, no puede tener ni dejar de tener razón, pues él habla de otra cosa; y este fue el caso de Honorio.

<sup>3</sup> Nótese también esto: *debilidad*, y no *error*. *El Papa que no ha tenido valor para sostener constantemente la verdad*, será débil y aun culpable cuanto se quiera, mas de ningún modo hereje.

<sup>4</sup> Errores de lenguaje. Id á los diccionarios, pues no se trata ya del Evangelio.

El mismo Bossuet es quien añade en el *tercer aviso á los Protestantes* (número 17): «Debemos reconocer en la Santa Sede una eminente é inviolable autoridad, incompatible con todos los errores, pues todos han sido condenados por esta sublime Silla.»

Bossuet indudablemente escribió estas palabras, *y el cielo y la tierra pasarán* antes que puedan borrarse.

Ahora pues, yo pregunto: ¿es este mismo Bossuet el que ha tejido en la *Defensa de la Declaración* el largo catálogo de los errores de los Papas, con el celo y la erudición de un *centuriador de Magdeburgo* <sup>1</sup>?

¿Es este mismo Bossuet el que ha dicho en la misma *Defensa* «que las definiciones de los Concilios generales tienen fuerza de ley desde el momento de su publicación, antes que el Papa haya dado su decreto para confirmarlas; y que esta verdad está probada por las mismas actas de los Concilios <sup>2</sup>?»

¿Es este mismo Bossuet quien ha dicho en la misma referida *Defensa*, «que la confirmación dada á los Concilios por el Papa, no es mas que un simple consentimiento <sup>3</sup>?»

¿Es este el mismo Bossuet, que debiendo citar una acta solemne del Clero de Francia, en vez de copiar el texto tal como era, á saber: «Á fin que la bula fuese recibida en la Asamblea de los Obispos, escribió con grande admiración nuestra, á fin de que la bula fuese recibida y CONFIRMADA <sup>4</sup>?»

<sup>1</sup> *Defensa de la Declaración*, parte III, lib. IX, c. 33 y siguientes.

<sup>2</sup> Ibid. lib. VIII, c. 9. Pero obsérvese que en el libro siguiente declara Bossuet, «que no tiene dificultad en admitir que *no se pueden celebrar concilios sin el romano Pontífice*, pues que las iglesias no deben unirse ni congregarse sino bajo la dirección de quien es su Jefe.» (Parte III, lib. IX, c. 32).

<sup>3</sup> *En quid sit confirmatio: consensus ipse*. (Ibid. lib. X, c. 17).

<sup>4</sup> Se trataba de la bula de Inocencio X de 31 de mayo de 1653 contra el Jansenismo: en una relación impresa de orden del Clero se dice: *Ut ipsa constitutio facto Episcoporum coetu RECIPERETUR*. Bossuet escribe: *reciperetur ATQUE FIRMARETUR*. (Ibid. lib. X, c. 17). El



¿Es este mismo Bossuet quien se fatiga en un capítulo entero<sup>1</sup> para oscurecer los textos fundamentales del Evangelio, demasiado claros en favor de la supremacía romana, explicándonos que el Papa *es piedra por deber*, mas *no en sí mismo*; que es menester distinguir entre *el papado que es el fundamento general*, y *el Papa que es el fundamento parcial*; que la promesa *yo estoy con vosotros* no se ha hecho sino *á la universalidad de los Papas* (de modo que todos los Papas podrian ser cada uno hereje en particular ó individualmente, y católicos en masa); que, en fin, muchos teólogos (que él está muy lejos de condenar) no entienden que este nombre *Pedro ó piedra* signifique el Papa, sino *á cada cristiano ortodoxo*, etc., etc.? ¿Es Bossuet quien ha dicho todo esto? — Sí, ó no.

Si se me responde que no; si se conviene en que la *Defensa* no expresa los sentimientos verdaderos y permanentes de Bossuet, sino que al contrario debe considerarse como una obra arrancada por decirlo así á la obediencia, condenada por su autor, y que nadie tiene derecho de atribuir á Bossuet; una obra emprendida no solamente *sin* su voluntad, sino aun *contra* ella; en este caso se acabó el proceso, todos estamos de acuerdo, y la *Defensa* con los cuatro artículos irá QUO LIBUERIT.

Mas si se responde por la afirmativa, es decir, si se sostiene «que la *Defensa de la Declaracion* pertenece tan legítimamente á Bossuet, como todas sus demás obras; que él «la compuso con igual y entera libertad, en virtud de una «determinación del todo espontánea de su voluntad, en manera alguna seducida, ni influida, ni atemorizada; y además de esto con el deseo determinado de que saliese á luz

editor dice en una nota: «La palabra *atque firmaretur* no se halla en «este lugar en la relacion; *fue añadida por el ilustre autor*; mas él «no obstante no se aparta del objeto que se habian propuesto los autores de esta relacion.» (*Obras de Bossuet* en 8.º, Lieja, 1768, tomo XXI, pág. 274, lín. 34).

<sup>1</sup> *Defensa de la Declaracion*, parte III, lib. X, c. 34.

«después de su muerte, como un monumento sencillo y auténtico de su verdadera creencia,» entonces tendria yo otras cosas que reponer; mas no me determinaré jamás á hacerlo, hasta que uno de aquellos hombres que por su carácter y por su ciencia son dignos de influir en la opinion general, me haga el honor de decirme públicamente sus razones por la afirmativa.